

## TIEMPO LOCO

El día de hoy amaneció de mal humor sin saber la causa. Avanzó como todos los días sin pensarlo, sin tomar conciencia de lo que hacía. Eso es lo que había hecho siempre. Dos horas después el mal humor se convirtió en rabia, en rabia contra él mismo por no saber la causa de su molestia. Hacia el medio día quería golpear al que se le presentara enfrente o pegarse a sí mismo. Ya en la tarde pensó hasta en desaparecer de este mundo.

Durante la noche por supuesto que no durmió. Al día siguiente estaba peor, mucho peor. ¿Qué carajos me pasa? Se preguntaba una y otra vez. Qué he hecho de mal o de bien. ¿Por qué esta inquietud que no me deja ni respirar?

Por la noche llegó a la conclusión que todo se debía a que siempre era el mismo, que nunca cambiaba, que seguía las órdenes al pie de la letra sin equivocarse nunca.

¡Soy un esclavo! Siempre lo he sido. Cero libertad para hacer lo que quiera. Pero ni eso, reconoció, ni siquiera he pensado en hacer otra cosa. Desde que nací, y de eso ya hace muchos años, muchísimos, siempre he sido el mismo, he sido igual. ¡Qué asco!

Pero basta. Ahora que ya sé lo que me sucede todo tiene que cambiar. Nada de caminar siempre hacia delante como si no hubiera un atrás o a un lado por no nombrar un arriba o un abajo. De aquí en adelante caminaré hacia delante, daré grandes brincos, retrocederé, subiré y bajaré. En lugar de marchar con el uno dos, uno dos, uno dos, marcharé con uno cuatro, dos seis, cinco nueve. A ver quién se atreve a evitarlo. Yo soy libre y puedo decidir mis modos.

Y dicho y hecho al día siguiente puso en práctica sus nuevos deseos. Primero voy a marchar en reversa, hacia atrás. Y rió como nunca había reído antes.

Con gran sorpresa los hombres y mujeres del mundo vieron como se iban volviendo más jóvenes día a día, que lo que hacían ya lo conocían. Y así siguieron hasta que empezaron a tener miedo. De viejos pasaron a ser adultos, luego jóvenes, después niños. ¿Y después? Ese después lo vivieron primero lo que apenas eran jóvenes cuando empezó todo. De niños pasaron a fetos, después a un espermatozoide y un óvulo. Los muertos fueron apareciendo sobre la tierra uno a uno. Los abuelos primero, después los bisabuelos, los tatarabuelos. Ahora los que desaparecían de la faz de la tierra eran los

que nacieron después de ellos. América se pobló de españoles que llegaron a conquistarla.

El tiempo jamás se había divertido tanto con las caras de sorpresa de los hombres. Ahora decidió dar un gran salto y se fue hasta el principio de la tierra. Volcanes arrojaban lava ardiente que hacía hervir los mares. Grandes aves y animales corrían aterrados de un lado a otro. Esto lo divirtió un poco pero al poco tiempo lo aburrió.

Ahora decidió adelantarse a gran velocidad. Los hombres nacían y morían en un instante. Las ciudades aparecían, crecían, se extendían, se iban destruyendo hasta que quedaban ruinas. Las guerras le divertían mucho. Brincó de una a otra para ver nuevas armas. Vio piedras, flechas, espadas, balas, bombas, misiles, armas atómicas, rayos que destruían en segundos, venenos que mataban millones de gente. El sabía que la guerra jamás iba a desaparecer y eso le entusiasmaba. Como enano disfrutaba la destrucción de toda una ciudad, de un continente. ¿Y ahora qué va a seguir?, se preguntaba. Y volvía a adelantarse para ver que el mundo no se había acabado todavía, que los hombres volvían una y otra vez a asesinarse de diversas maneras.

Una vez quiso probar lo que era saltar hacia arriba en lugar de ir hacia delante o atrás. Le gustó. Vio el nacimiento de galaxias, la destrucción de cientos, por no decir de miles de estrellas. Le encantaba verlas explotar. Eso sí era un espectáculo de luces digno de verse.

No le gustó cuando se fue hacia abajo. Todo era oscuro, lodoso, frío. Sólo le gustó el fuego del centro, ese sí era bello. Lo demás no.

Y así como los niños que todo quieren experimentar y todo hacen pero después lo dejan, así el juego de ir de adelante atrás, o hacia arriba, comenzó a aburrirle y no sólo a aburrirle, sino también se cansaba pues no era tan fácil pasar de una velocidad a otra. Quedaba agotado cuando lo hacía.

Por fin, suspirando decidió volver a lo que siempre había sido. Era lo más fácil. El tiempo volvió a caminar hacia delante, los segundos se volvieron minutos, estas horas, las horas días, semanas, meses, años, siglos. Todo con su ritmo normal.

Juró no volver intentar rebelarse contra las leyes del universo. Ahora es feliz porque ya conoció la libertad y dentro de esta él tomo su decisión final.

Tomás Urtusástegui

Enero 2007